

A LA BÚSQUEDA DE LA PALABRA

Sobran palabras. Falta la Palabra. Para constatar lo primero no hay sino que asomarse raudamente, para no perder demasiado tiempo, a alguna tertulia radiofónica o televisiva. Mucha palabrería. En ocasiones, todos hablando a la vez. Todos buscando decir lo más ingenioso para llamar la atención o dárselas de mejor informado. Sobresalen las voces agudas, como la avena loca o la cervuna que agostan las buenas mieses de nuestros campos.

En este campo nuestro sembrado de palabras sesgadas, mentirosas cuando no vacías, exageradas casi siempre, hostiles la mayor parte de las veces... la dedicación más importante es ponerse a buscar **la Palabra**. Sosegada pero ardientemente. Porque, de lo contrario, estamos condenados a la esterilidad de nuestros campos.

Dicen hoy los que entienden en nuestra tierra castellana de cultivos y cosechas que hay que quemar los rastrojos. De otro modo, será imposible sembrar cereales, el cultivo más tradicional de nuestra tierra. Duro es eso de quemar porque las tierras sufren la pérdida de microorganismos siempre necesarios. Si los agricultores lo dicen...

Lo que sí es seguro es que hay que quemar muchas palabras. Las que se han quedado sin contenido, las que siempre se esgrimen contra otros, las que sólo se dicen para cobrar buenos sueldos y no son fecundas... El bla, bla, bla de periodistas y políticos. Quizá también de curas y obispos. Quemar palabrería y buscar la **Palabra de vida**, la palabra-sacramento, la palabra creadora. Mientras tanto, seguiremos en crisis, no tanto económica, sino de valores, de convivencia constructiva, de educación que lleve a la felicidad y a la creatividad de las nuevas generaciones.

Con Alberti hay que decir “esta noche siento heridas de muerte las palabras”. Y con Ignacio Camacho –hace ya tres años- las palabras valen hoy “lo que una lágrima en la lluvia, una hoja al viento o una meada en el mar: nada”. Sin la Palabra, el hombre sencillamente no es, vuelve al puro barro. Con simples juegos de palabras, en los que son tan hábiles algunos de nuestros principales políticos, todo se vuelve cambalache y mercadotecnia; o peor, se convierte en derecho y ley el poder matar a los inocentes.

¿Habla hoy Dios al hombre? Ya hubo tiempos “sin sacerdotes, ni profetas, ni reyes”. ¿Estamos en esas? No. Dios sí habla. Pero hay que escucharlo para que se produzca la Palabra. Ésta acontece solamente cuando es dicha y escuchada. Por ello la **PALABRA** sólo nace en el **silencio**. Carecen de valor las palabras y voces hijas del ruido. Hay que escuchar las palabras dichas por los hombres del silencio. Decir una **palabra fecunda** equivale a un parto. Cuando no hay dolores de parto, lo que se produce es viento. ¿Será viento lo que acabo de escribir? La superficialidad se contagia y nadie estamos libres de ella.

Pediremos hoy, en el silencio preñado de hondura humana, que la Palabra – Logos y Compañía- acontezca en nosotros haciendo madurar frutos de vida. Estamos en julio, tiempo de vacación y cosecha.

JOSÉ MARÍA YAGÜE